

Juan Luis

MARTÍNEZ

Director de orquesta

● ● ● ● JOSÉ LUIS GONZÁLEZ URIOL





Gustav Leonhardt al clavicémbalo.



Este breve escrito sobre José Luis González Uriol se va a circunscribir necesariamente a la parcela de mi vivencia personal. Renunciaré por tanto a hacer un recorrido histórico: no soy la persona más indicada, hay seguro entre todos estos escritos testimonios más que suficientes, testimonios de gente que conoce a José Luis mucho tiempo antes que yo, que ha compartido muchas cosas o puede dar fe de muchas otras. Mi contacto con José Luis comienza a finales de 2001, aunque a decir verdad yo lo conocía de antes, ya que —tópico maravillosamente inevitable— fue, ha sido y será un referente. Sería al final de los años setenta, en el seno de un ciclo de conciertos de música antigua que se daban en el Museo Nacional de Cerámica «González Martí» de Valencia. En aquel maravilloso ejemplo de arquitectura barroca que es el Palacio del Marqués de Dos Aguas, un jovenzuelo curioso y ávido de música escuchó un recital de José Luis González Uriol al clavecín. Aquel jovenzuelo que estaba callado y prácticamente inmóvil, escuchándole, tenía más sensibilidad que criterio musical, podría casi asegurar que no tenía criterio casi en absoluto, pero sí una enorme memoria para preservar las cosas que valían la pena. Con el paso del tiempo aquel jovenzuelo cambió la juventud por un poco de criterio, y como quiera que no perdió sensibilidad, fue capaz de reconstruir desde el futuro la impresión que recibió de aquel concierto de González Uriol. Por una parte, la seriedad de planteamiento, la sana medida y distribución de proporciones; combinadas con una sensibilidad casi, permítaseme, mediterránea, da como resultado la propuesta artística de una personalidad forjada con sacrificio y brillantez, absolutamente personal, pero libre y ortodoxa a partes iguales. Por supuesto que esta impresión se ha visto reforzada, matizada y enriquecida en las sucesivas ocasiones en las que he tenido el placer de disfrutar del José Luis músico, pero, para mí, la pervivencia de aquella primera impresión era algo digno de preservar y de compartir.

Hablar de José Luis González Uriol solo como músico es quedarse muy corto. Como pedagogo le debemos toda una pléyade de músicos excelentes que se han formado bajo su tutela. Como persona, realmente no me atrevo a poner adjetivos, basta con convivir unas horas con él. Si alguien le ha acompañado, por ejemplo, paseando por el centro de la ciudad, habrá encontrado un sorprendente e inagotable rosario de gente de todo tipo que lo conoce, lo aprecia y quiere. No obstante, quisiera abordar la glosa de su figura en el ámbito y ámbitos en los que él ha sido figura clave, y para ello he de volver a situarme en el año 2001, año en el que accedí a una cátedra de dirección de orquesta que quedaba vacante en el Conservatorio Superior. Desde el principio sabía que mis ideas respecto a revitalizar la música y, concretamente, la música orquestal en Aragón, iban a encontrar resonancia en este hombre sensible, ambicioso y luchador. A partir de ese momento tuve siempre en José Luis el apoyo incondicional y la adhesión inquebrantable en el logro de

un proyecto común. Y aquí conviene darle a la palabra común toda la dimensión: no hablo de común por común a nosotros dos, sino común como general y necesario para nuestra tierra. La figura de González Uriol propició el nacimiento y la consolidación de muchos proyectos no ya importantes, imprescindibles. Muchos de ellos van a ser citados y explicados de forma profusa en estos escritos. Yo voy a poner el foco en algo que parece no ser propio del ámbito de José Luis, pero que no por desconocido por muchas personas deja de ser importante, antes al contrario: nada de la música orquestal que se hace ahora en Aragón hubiera sido posible sin él. Su apoyo a mi actividad al frente de la orquesta del Conservatorio Superior de Música de Aragón permitió el crecimiento a niveles de excelencia hasta el momento insospechados, tanto de la orquesta como del Conservatorio, sentando las bases que otros prosiguieron para conseguir revitalizar la música: la música instrumental y la música orquestal. Su labor constante, callada a veces pero siempre enérgica y llena de fe, es algo de tal magnitud que no cabe en mi entendimiento que nada de lo que se consiguió hubiera sido posible sin él. Pero ya le conocemos, no se iba a conformar con eso, de hecho no lo hace... no sería nuestro Pepín, porque ya sabemos que es inasequible al desaliento. Es ese tipo de personas que están a otro nivel. Ese tipo de personas que consiguen grandes cosas cuando se les hace caso, cosa que, lamentablemente para nosotros, no siempre sucede. Él sabe que el respeto, el que todos le tenemos, no basta. Hace falta que en todos los ámbitos tengamos su altura de miras, porque las metas que González Uriol se ha propuesto y propone, como ocurre en las personas de su talla, solo se alcanzan cuando se es consecuente, como él lo ha sido.

Tomemos nota todos: todavía tenemos mucho que aprender de él.